



## Capítulo 237

Alon exhaló tranquilamente y volvió a mirar hacia delante.

Sobre el cañón, los soldados estaban armados con arcos y lanzas, listos para lanzarlos en cualquier momento.

En los acantilados, monstruos con extremidades anormalmente largas bababan sin cesar.

Y delante de ellos, una enorme congregación de cultistas les bloqueaba el paso, tan numerosa que provocaba un suspiro por sí sola.

Pero eso no era todo.

Los zarcillos rojos que manejaba Rumurfa, que en ese momento sujetaban la corona dorada de Rine, habían comenzado a envolver todo el cañón, como para demostrar que aún les quedaban fuerzas.

«—»

«Ah...»

Así comenzó un círculo vicioso.

El miedo dio lugar a la desesperación, y la desesperación dio lugar al dolor.



Se extendió, creando desesperación y dolor en los demás y, a su vez, más miedo.

Ese bucle sin fin despojó de esperanza a todos los presentes.

Tal como deseaban quienes los precedieron.

Alon evaluó la situación con fría precisión.

En esta situación, atravesar un ejército tan abrumador y escapar hacia la alianza era prácticamente imposible.

Si los enemigos que tenía ante sí fueran del nivel de los sacerdotes a los que se habían enfrentado antes, tal vez hubiera sido posible.

Pero no eran una chusma débil.

«Deben de ser capaces de ejercer un poder divino».

La repugnante energía divina que emanaba de los soldados lo dejaba claro.

Le decía sin lugar a dudas que estos enemigos estaban a un nivel completamente diferente al de aquellos contra los que habían luchado hasta ahora.

Y eso no era todo.

«...Apóstoles».



Alon frunció el ceño mientras miraba a los dos apóstoles que estaban delante de él.

Ambos tenían expresiones retorcidas por el placer y eran amenazas evidentes.

Uno ya había revelado su poder, pero el otro seguía siendo un misterio.

En otras palabras, incluso si Alon actuara solo ahora, las posibilidades de escapar eran escasas.

Aunque derrotara a los apóstoles, no podría vencer a todos los soldados presentes.

Por eso era necesario un cambio.

Un cambio que pudiera revertir esta crisis.

Y para lograr ese cambio, se necesitaba esperanza una vez más.

Alon volvió la mirada hacia atrás.

La primera en entrar en su campo de visión fue Ryanga, de pie con expresión endurecida.

El siguiente fue Nangwon, que sostenía la mano de su hermana.



Detrás de Ar, que temblaba igual que él, había soldados sumidos en la desesperación.

Al verlos, Alon se mordió los labios.

Innumerables palabras que podrían encender su espíritu de lucha pasaron por su mente, solo para desaparecer de nuevo.

¿Qué debía decir?

¿Qué historia sería útil?

¿Cómo podría romper la cadena de la desesperación?

En un instante, en menos de un abrir y cerrar de ojos...

Alon reflexionó, reflexionó y volvió a reflexionar.

«Rangban».

«Sí».

«Te lo dejo a ti».

Al final, tomó una decisión.

«¿Sí?».

No decir nada en absoluto.

En cambio...

¡Crack!

—para mostrárselo.

Sin responder a la desconcertada reacción de Rangban, Alon simplemente se adelantó e invocó su divinidad.

¡Zzzzt!

Su abrigo negro crepitaba con rayos, y el mundo gris se tiñó de repente de un brillante azul eléctrico.

Dos cuernos brotaron de su cabeza.

Un relámpago destelló en sus ojos negros.

Y, por fin, apareció el dios del rayo, que había salvado a otras razas del peligro una y otra vez.

Pero Alon lo sabía.

Esto no era suficiente.



No era suficiente para disipar la desesperación que nublaba a los soldados que tenía detrás.

Tampoco bastó para aniquilar a los cultistas de Baarma, que ya se preparaban para atacar en el momento en que él cambió.

Así que...

«Hoo...»

Alon dio un paso más.

—!!!!

En el momento en que Alon se envolvió en rayos, los monstruos gritaron y cargaron contra los soldados.

Penia lanzó rápidamente un escudo de amplio alcance para crear una barrera.

Los monstruos se estrellaron contra el escudo.

Pero la barrera solo cubría a las tropas que se encontraban dentro.

Alon, que ya se había acercado al ejército enemigo, quedó expuesto fuera de su alcance.

—!!!



Al darse cuenta de esto, los monstruos cambiaron de dirección al instante y se abalanzaron sobre Alon.

En un instante, se encontraban a una distancia que les permitía atacar.

En ese momento...

«Permafrost...».

Alon chasqueó los dedos.

¡Crackkk—!!!!

La magia negra surgió del guantelete de Alon mientras un frío glacial se extendía por la zona.

Era un hechizo que Alon siempre utilizaba cuando luchaba contra enemigos formidables.

Un hechizo creado simplemente para permanecer en una «tierra de permafrost», anticipando la pérdida de la capacidad mágica debido a las restricciones divinas.

Pero ahora las cosas eran diferentes.

¡Zzzzzzt~!

Desde el interior de la escarcha, brotó un rayo azul que electrocutó a todos los monstruos cercanos a Alon, matándolos al instante.



—!!!!!

Se oyeron gritos espantosos.

Pero los monstruos que ya habían quedado atrapados en la zona de permafrost se convirtieron, impotentes, en cenizas negras.

«... ¡Ataque total!».

Al ver la escena, Rumurfa gritó presa del pánico.

Pero en ese mismo momento, se formaron seis brazos detrás de la espalda de Alon.

Mientras los cultistas, bajo las órdenes del apóstol, se apresuraban a matar a Alon...

Crack...

Se formó el primer sello de hielo.

Tras alcanzar la divinidad, lo primero que Alon descubrió con la investigación de Peña fue la metamorfosis.

Se formó el segundo Sello de Hielo.

Pero cambiar de forma no había sido el objetivo original de Alon.



Era simplemente un resultado incidental: el verdadero objetivo de la investigación de Alon era otro.

Por fin, se formó el tercer Sello de Hielo.

Su investigación se centró en el uso de la magia mientras estaba envuelto en la divinidad.

Alon, que había dedicado una enorme cantidad de tiempo a este estudio, solo pudo llegar a una conclusión después de venir aquí.

La cuarta Foca de Hielo.

La magia utilizada mientras se está envuelto en divinidad lleva los rasgos de esa divinidad.

Alon miró al frente.

Los cultistas, que ya se estaban acercando bajo las órdenes del apóstol, levantaron sus armas para golpearle en el cuello.

Cientos de monstruos saltaron hacia él, pisoteando los cuerpos de sus congéneres electrocutados.

Con los ojos desorbitados por la locura fanática, cargaron contra él.

Pero incluso en medio de todo eso, Alon formó el quinto Sello de Hielo.



Levantó la vista hacia el cielo.

Allí, las nubes se hicieron más densas, oscureciendo aún más el mundo ceniciente.

La magia que creó, imbuida de los rasgos de la divinidad.

Y entonces...

En el momento en que se completó el sexto Sello de Hielo.

Transformación de rasgos.

Sexto Sello de Hielo completado.

Trueno de hielo.

Junto con el murmullo de Alon, un rayo cayó del cielo.

¡Crack!

Un rayo que lo atrapó todo.

#####

Rangban sintió desesperación.



No, no era solo él.

Todos aquí sentían desesperación.

Era natural.

Las fuerzas enemigas superaban ampliamente en número a las suyas.

Y lo que es más importante, los apóstoles estaban allí.

Los apóstoles de Baarma.

Esos seres irracionales que podían enfrentarse solos a cientos de soldados de la alianza e incluso oponerse a los propios dioses... eran dos.

Rangban pensó que todo había terminado.

Por muy fuerte que fuera Alon, enfrentarse a dos apóstoles era casi imposible.

Por eso se desesperó.

—Hasta que el mundo se partió en dos.

«¿Qué demonios...?»

Rangban se encontró a sí mismo murmurando mientras miraba hacia adelante.



Allí se alzaba una enorme columna de hielo y rayos, nacida del impacto.

Levantó la vista aturdido.

El gigantesco rayo que había descendido del cielo permanecía intacto, dividiendo el mundo por la mitad.

Eso no fue todo.

Dentro de la formación helada había innumerables cultistas que, hacía solo unos instantes, habían cargado hacia adelante con un impulso feroz.

Y no eran solo los cultistas.

Incluso uno de los apóstoles, que se había mostrado tan seguro de sí mismo hacía solo unos segundos, estaba ahora congelado dentro del hielo, todavía con una expresión de incredulidad en el rostro.

Y frente a ellos,

había un hombre.

Su abrigo negro ondeaba al viento y sus labios formaban una línea firme.

Un hombre que no decía nada... no, un dios.

«Ah...».



Ante el grito de asombro de alguien, todas las miradas se volvieron hacia el hombre.

Un hombre que se erguía orgulloso, dividiendo el mundo a izquierda y derecha.

En los ojos de los soldados que miraban su espalda, ya no había miedo ni desesperación.

El miedo que los había dominado ahora era...

«¡GRAAAAHHHH!».

—transferido a los cultistas, a diferencia del apóstol atrapado en el hielo, Rumurfa, que apenas había escapado del alcance del rayo, pero había perdido todo su brazo derecho.

Su grito desgarrador llegó a todos ellos...

«¡Eso es imposible...!»

Y se extendió entre los cultistas.

Las expresiones de los cultistas, que antes sentían alegría ante la idea de cazar a otras razas, se transformaron en miedo.

El terror se extendió entre los soldados que habían entrado corriendo para matar a Alon.



El extraño fanatismo que los había impulsado comenzó a disiparse.

Observándolo todo, Rangban...

«...!»

Por fin lo entendí.

Lo que Alon quería decir antes cuando dijo: «Cuento contigo».

Una sonrisa se dibujó en los labios de Rangban.

Apretó con fuerza la espada que tenía en la mano.

Su cuerpo, que se había sentido como algodón empapado en agua y remojado en dolor, ahora se movía como si ese peso nunca hubiera existido.

Con más fuerza que nunca, su mano empuñó la espada.

«¡Todos, prepárense para la batalla!».

La voz de Rangban resonó por todo el cañón.

Los soldados, que habían estado aturdidos mientras miraban la espalda de Alon, recobraron el sentido y rápidamente agarraron sus armas.

El miedo ya no se reflejaba en sus rostros.

No había señales de desesperación.

Tampoco había rastro de dolor.

En cambio...

Una nueva emoción brilló en los ojos de todos.

Esperanza.

Una esperanza inequívoca brillaba con fuerza.

«¡Camaradas! ¡Levanten sus armas!».

Rangban gritó una vez más, levantando su arma en alto.

Con mirada decidida, miró a su alrededor a los que estaban a su lado.

La esperanza engendra esperanza.

Armas firmemente empuñadas.

Con la mirada inquebrantable, observaban a los aterrados cultistas.

Compartieron esperanza entre ellos.



«¡No tengas miedo!».

Al oír sus palabras, el valor se apoderó de la mirada de todos.

«Porque nosotros...»

Y, por último...

¡¡¡CRRAAACKKK!!!

El hielo que había atrapado a los apóstoles y cultistas y dividido el mundo en dos explotó en una lluvia de nieve blanca.

Y vieron.

El hielo que dividía los cielos estalló y apartó las nubes cenicientas, permitiendo que la luz brillara a través de ellas.

Un resplandor que no habían visto en mucho tiempo.

La radiante luz del sol.

Y al ver la espalda de Alon recortada contra ese sol brillante,

«¡Dios está con nosotros!».

El estruendoso grito de Rangban resonó en todo el campo de batalla.

Los soldados, rugiendo como truenos, comenzaron a cargar contra los cultistas.

Con el símbolo de la esperanza grabado profundamente en sus corazones.